

## GACETA DEL CONGRESO

SESIÓN SOLEMNE DEL DÍA 20 DE FEBRERO DE 1959

**Discurso del orador de orden, diputado Luis Herrera Campíns, con motivo del Primer Centenario de la Federación**

—Ciudadanos Presidente y Vicepresidente del Congreso Nacional, ciudadanos senadores, ciudadanos diputados, señoras y señores: Al honor de la designación para pronunciar el discurso de orden en esta sesión solemne del Congreso Nacional, conmemorativa del Primer Centenario de la Revolución Federal, se junta en mi espíritu la más diáfana y pura de las emociones.

Porque hablar de la “Guerra de los Cinco Años”, de ese violento proceso que, al desbaratar en definitiva los estamentos sociales de la tradición colonial, hizo posible el goce de esta admirable democracia social de que hoy nos ufamamos con justo orgullo, es también referirse a la personalidad y hechos del máximo exponente y símbolo de esa contienda, general Ezequiel Zamora. Ligado por vínculos de parentesco al héroe liberal, se me enseñó desde niño a escuchar, contada por queridos labios familiares, sus hazañas portentosas, allá en mi pueblo llanero, en esas magníficas noches en que el calor de la tierra parece como si se empinara hasta el cielo e hiciera sudar estrellas a la tersa epidermis del firmamento lejano.

Pero, al lado de la personal alegría, ¡qué honda tristeza venezolana! Se ha hablado tanto del pueblo después de las jornadas gloriosas de enero de 1958, —que tuvieron aspecto formal de revolución por la presencia rebelde de las masas, aunque no del contenido esencial de la misma—, que parece mentira que se celebre con tanta frialdad o tanta tibieza oficial la conmemoración de esta gran empresa de redención social, que protagonizó el pueblo. ¡Si se celebran con mayúscula ostentación e inmensa propaganda cualesquiera fechas centenarias de la fundación de una ciudad, no hay derecho para que pase casi desapercibido este centenario del pueblo, vivo fuego de ardiente lección!

Una estatua ecuestre de Ezequiel Zamora será erigida en Caracas como homenaje de recordación visual al paladín heroico. La idea adquiere, tal vez sin pensarlo, dimensiones simbólicas, porque la revolución venezolana ha tenido en el caballo su vehículo de expansión y victoria y su aliado más fiel. A lomo de caballo surgieron los caudillos populares y si, como cierta tesis sociológica lo sostiene, el caudillismo es un producto natural de las llanuras, no es por la extensión ilimitada que invita a recorrido, ni por el ansia de horizontes que despiertan, sino porque “quien dice la llanura, dice el caballo y la copla”. El caballo representa el supremo pedestal de la fortaleza masculina. Un hombre a pie es un par entre iguales. La



humildad que toca tierra se alza y crece cuando se transforma en jinete y hasta el hombre modesto adquiere cierto aire soberbio. Invade al espíritu una sensación de poderío, una noción de fuerza que se siente subir, por los cauces de la sangre, desde las talones a la cabeza. No por estar más alto, sino por tener la posibilidad de dominar mediante el buen uso de las riendas, reguladoras del freno y del bozal, y el correcto empleo del acicate de la espuela. Es poder señalar a la bestia, con movimientos de las manos, el paso que se quiere: el sosegado trote, el elegante *paso llano*, tranquilo *pastoreo*, el ímpetu del galope o la airosa volatería. Y afirmar también, en el garboso *caracoleo*, ante femeninos ojos de ensueño, robusta sensación de hombría.

La lucha por la Independencia, iniciada por los hombres ilustres de la nobleza criolla que habían asimilado las corrientes ideológicas europeas en boga, adquiere fisonomía propiamente popular cuando del llano venezolano surgen, enastadas en manera de recia contextura y manejada por hombres sin titubeos de miedo, las lanzas campesinas y provincianas que siguen la ruta que les traza José Antonio Páez. La revolución de 1810 y 1811 comienza como la obra de un selecto grupo de patriotas, sujetos a la influencia de diversos factores espirituales y sociales, que primero forman la Sociedad Patriótica y que más tarde se integran en el Congreso Constituyente, mientras los que permanecen fuera de éste, animados por el ígneo delgado perfil de Simón Bolívar, son un estímulo para la gran labor creadora de una patria. Bolívar apenas empieza a manifestar: *no es todavía la tempestad del genio, sino el trueno que la anuncia y el huracán que la prepara*.

El pueblo, sorprendido y curioso, observa el curso de los sucesos que presagian un cambio en la estructura política del país, porque nuevas ideas están en juego, pero no alcanza todavía la categoría de actor. De aquellos héroes tempranos, como bien lo apuntara la certera pluma de Juan Vicente González, solo José Félix Ribas intuye la fuerza popular. A caballo va y viene de los barrios pobres. Sólo él arenga a los pardos, sólo él busca a los mestizos de Caracas, mientras los demás derraman en sesiones y salones desmelenados torrentes de elocuencia. Más tarde va a comprender Bolívar, a través de la reflexión, del sufrimiento y de la derrota el valor del pueblo, la fuerza del pueblo, el contenido del pueblo, la necesidad de la activa presencia del pueblo. Entonces será el Bolívar que, intérprete de la hora histórica, le ofrecerá al pueblo su pensamiento como doctrina de salvación.

Cuando los hombres de a caballo, ignorantes de los ideales de la Emancipación, se le opusieron, las esperanzas de libertad quedaron sepultadas bajo el rebote de las lanzas y el alud de los cascos. Esa antipatía política pareció encarnar en Boves. Más cuando los lanceros del llano se incorporaron con Páez a la magna empresa republicana, el poder español se debilitó y se hicieron más claras y definidas las perspectivas del triunfo patriótico, que van a sellar, derrochando coraje y temeridad en las cargas de la caballería en Carabobo, la suerte de la Patria por fin libre.



Así resumo los servicios de los jinetes a la causa venezolana, confundidos en la vida y en la ofensiva la anatomía zoológica y la inteligencia y la malicia humana. Esas cargas de caballería en el galope triunfal de Mucuritas fueron las que derrotaron, asustaron y admiraron al militar de escuela y rango de tan sobresaliente categoría como don Pablo Morillo. Ya el hombre de a caballo, crecido en su estatura moral, se había metido en nuestra historia a punta de impetuosos lanzazos. —(Aplausos).

Y como la llanura es también la copla, la conversación en verso donde entrena la esgrima del ingenio y se condensa nuestra más depurada filosofía popular, para esa sensación de montar a caballo tiene la suya, exacta y real, el cantar vernáculo, tal vez henchida de justo y comprensivo alarde:

*Cuando ensillo mi caballo  
y me fajo mi machete  
no envidio la suerte a naide:  
ni aun al mismo Presidente.*

Dispénsenme los amigos que se hayan formado en la interpretación romántica de nuestra vida e historia por lo que voy a decirles: desde los bancos de la escuela aprendemos que el indómito caballo del Escudo Nacional simboliza la libertad. No dudo que este simbolismo sea cierto. Pero creo haber encontrado otro símil quizá más actual y más profundo. La presencia del caballo allí significa el reconocimiento de lo que la Patria debe a la noble bestia en que cabalgó el pueblo cuando se puso a construirla con mampostería de heroísmo. A galope va el caballo, vuelta atrás la cabeza en imperioso gesto altivo. Mira hacia atrás, hacia el pasado malicioso, para defenderse de las posibles torvas emboscadas de lazo que le puedan tender la viciada tradición y galopa hacia el porvenir, hacia la comarca de la historia, donde es la gloria, pasto. Ese caballo recuerda al pueblo cada día que debe sacudirse de su humildad ancestral, que debe sujetarse de las crines y montarse en sus lomos para adquirir más conciencia de su poderío. Cuando llegue el día de ver realizada la transformación revolucionaria audaz, radical y profunda que Venezuela nos pide en términos de urgencia y con clamor de angustia, no irá solo en su carrera el caballo del escudo: el pueblo habrá recogido el desafío y andará por siempre cabalgando el albo potro brioso.

¿Cuál había sido la realidad de nuestro proceso histórico hasta 1859? La Independencia la había iniciado la nobleza criolla, bajo el influjo de las ideas liberales que sacudían la estructura medieval de la sociedad y que abrían a la burguesía el camino del poder, otorgando al dinero el puesto que tuvo la aristocracia en la sangre. Existía el deseo de ser libres y de gozar la soberanía política y se juntaban en esos



factores espirituales y republicanos, innegables circunstancias de orden económico, pues la convicción de su poder social hizo nacer en los criollos acaudalados la ambición del poder político. Había comenzado a actuar igualmente la conciencia nacional, transcurrido ya más de treinta años de la constitución de la Capitanía General de Venezuela, en 1777, que integró a las diferentes regiones geográficas en una común aspiración política, económica, soberana e histórica, porque el proceso latinoamericano ha sido, en rasgos generales, muy distintos al del Asia más lejana, para poner un ejemplo de moda. En América la conciencia de los pueblos ha crecido en círculos concéntricos, en forma ascendente de mayor amplitud: de la conciencia regional de la "patriecita", se avanzó a la conciencia nacional de la Patria y de esta vamos hacia la conciencia continental, a través de la integración política y económica del hemisferio. El habitante de nuestro continente ha sido más venezolano, o colombiano, o boliviano, o paraguayo, o argentino que latinoamericano. En cambio, en el Extremo Oriente se está yendo de la conciencia continental a la conciencia nacional. Los pobladores de China, o de Malasia o del Pakistán son asiáticos primero, y chinos, malayos o pakistaníes después.

Los gobernantes paternalistas de la colonia habían pretendido ganarse el favor de los pardos, mulatos y mestizos para asentar su poder de origen metropolitano frente a la amenaza creciente de los pujantes nobles criollos. Tal vez por eso, el pueblo aparecía al margen de los primeros años de la Emancipación. Los *Padres de la Patria* reaccionaron contra el poder político de la Corona, para que la autoridad se desplazara de las manos peninsulares a las suyas propias, y rompieron la continuidad del orden jurídico existente, dentro del cual habían aprendido "los usos de la sociedad civil".

Admirables instituciones como la de los Juicios de Residencia, que obligaban a los altos funcionarios a dar pública cuenta de su administración y a escuchar las quejas de los súbditos, desaparecieron barridos por la sed de novedades. Los cabildos, que en América habían encontrado terreno más propicio que en España para el debestecimiento del Poder Municipal, vieron también —después de su participación inicial en 1810— minimizadas cada vez más sus atribuciones, facultades y disponibilidades, mientras pasaban al Parlamento toda la función representativa del pueblo y el control del Poder Público, antes de fortalecer a los Ayuntamientos para las emergencias de las tareas por venir, la Independencia y, sobre todo, la República se dedicaron a aniquilarlos. Había habido, pues, reacción contra el poder político, contra los monopolios económicos, contra el orden jurídico, pero no en contra del orden social. Las clases rígidas continuaban siendo una realidad actuante, a pesar de la letra lírica de las proclamas y de las leyes.

La reacción contra este estado de cosas tenía que venir y en forma violenta, por razones sociológicas e históricas más que evidentes. Debía empezar por los llanos, la región más igualitaria del país, donde la jerarquía entre el pueblo se establecía más



por razones de destreza y de aptitudes físicas para las rudas labores del pastoreo y de la doma, que por las diferencias de posiciones económicas. De ahí, por tanto, que los llaneros hayan sido los primeros en insurgir a favor de la nivelación social, de la desaparición efectiva de los privilegios fundados en la sangre, en el dinero o en la tradición de las gracias reales o "gracias al sacar". En Venezuela llevamos más de veinte años hablando de Reforma Agraria, quienes de ella se han ocupado y han tratado de analizarla en sus antecedentes históricos, han retrocedido espantados ante pruritos patriotereros y han callado la verdad de su aparición balbuceante.

Nos duele a los venezolanos confesar que el azote de la Primera República fueron las hordas pastoriles que capitaneaba el feroz asturiano Boves. Sí, en los políticos, en el empeño de lograr la Independencia, tenemos que mirar con horror aquellas legiones que, con su actitud, desleían en tropel de galope las aspiraciones de soberanía y libertad. Planteadas las cuestiones en el terreno social, donde obran menos las razones sentimentales para el investigador objetivo, el panorama cambia de aspecto.

Fue Boves el que comenzó el otorgamiento de efectiva libertad a los esclavos de los territorios que ocupó y devastó, ofreciéndoles un caballo en pelo y una lanza para defenderla, al propio tiempo que recompensas materiales por sus cualidades guerreras probadas en la acción. Carecía Boves de clara noción en sus objetivos de lucha, pues si favorecía a España al combatir a los patriotas, más lo hacía por odio hacia estos que por amor a aquella o por lealtad a su dominación. De haber liquidado a los patriotas, les hubiera tocado el turno a los españoles. Para Boves, los criollos emancipadores constituían la casta dominante y procuraban exterminarla para satisfacer así igualmente su venganza jurada. Para ello debía solicitar el apoyo del mestizaje, al que adulaba y complacía al unísono que le ofrecía cercano mejoramiento económico. A las gentes llamadas *de color* les despertaba la ambición de poder. Mientras los ejércitos patriotas eran comandados por insignes ciudadanos que habían hecho su aprendizaje en las milicias del Rey, Boves —con intuición maravillosa— hacía la igualación de castas en sus tropas y asignaba hasta a los zambos y mulatos comandos de alta responsabilidad.

Boves le dio a la Independencia características de guerra social porque, al estímulo de las clases consideradas inferiores según el escalafón reinante, añadió el del reparto de las inmensas posesiones de los blancos criollos; rudimentaria repartición de la tierra y parcelación del latifundio, si se quiere; pero esto significó el comienzo del acceso de los pobres a la propiedad territorial. No terminó con la muerte de Boves en Urica el influjo de esa prédica; solo que a esas montoneras vino a desviarlas de ruta, y a canalizar sus esfuerzos hacia la emancipación, otro jefe llanero, José Antonio Páez; quien venía también del pueblo, había conocido la



rudeza del trabajo en los hatos y la humillación de lavar por las noches los pies a un ensobrecido mayordomo.

Además del amor a la Independencia tenía Páez conciencia de la fortaleza bélica del aporte llanero. El conocimiento directo y personal del carácter, costumbres, pasiones e inclinaciones de los llaneros permitía a Páez influir en ellos psicológicamente. Metido en su sentimiento, en el cogollo del cariño, bien pudo conducirlos al combate, donde ni ahorró esfuerzos, ni rehuyó peligros. Páez comía su escasa ración de alimentos, hablaba su lenguaje, compartía sus angustias, participaba en sus juegos y los aventajaba en la destreza a lomo de caballo o soga en mano bajo la ardiente canícula sabanera. A la aparición de Páez, ya había sido ofrecido a los que combatieron en bandos opuestos a la Independencia el perdón de sus culpas si en adelante militaban bajo las banderas republicanas y, fiel a ese criterio, Páez los aceptó en sus filas con el rango o grado que traían de las montoneras de Boves y los convirtió después en héroes de la Patria naciente. Pese a tales ofertas, no le resultó fácil ganarse la total confianza de las huestes llaneras hasta que, en 1816, apeló al recurso de ofrecer a sus tropas el reparto en propiedad de los bienes confiscados a los españoles de la región de Apure. Supo dar respuesta adecuada al ancestral anhelo de poseer como propio un pedazo de tierra.

Detengámonos para hacer una reflexión sociológica. El hecho de que en determinadas épocas el arrastre heroico de un hombre singular, capaz de interpretar las ansias populares, logre darle a la historia un derrotero diferente, ¿significa que tenemos que caer en la tesis de los caudillos, de los providenciales hombres necesarios? La historia debe interpretarse a distancia en el tiempo, pero sin perder la vista para no extraviarse en meras especulaciones teóricas sin asidero concreto, la realidad social del momento que se enjuicia. Con base a este criterio, dio Cecilio Acosta una explicación satisfactoria:

*La Nación tenía, por el tiempo de la Independencia (debido esto en mucha parte a las costumbres) los deseos, más bien que la unidad y la conciencia del poder para hacerla realizable: y sonada la hora del destino, él mismo debía proporcionar representante. No es la primera vez que los pueblos se mueven de esa manera: mayormente a los principios en que van a ensayar la vida social, y en que no tienen órganos para sus necesidades, su caudillo será el que las interprete y satisfaga. En este sentido, la historia del heroísmo es de ordinario la historia primitiva de la Patria, que ve unida su suerte al varón que la enaltece. —(Aplausos).*

Revítese sin subjetivismos preconcebidos ni prejuicios apriorísticos nuestra historia y obsérvese cómo fue favorable, en cierto aspecto, la orientación social que le comunicó Boves a la lucha, continuada después por Páez, aunque bajo signo político distinto. Bolívar viajó al extranjero a buscar refuerzos y elementos de lucha. Apeló a la ayuda del negro Alejandro Petión, presidente de Haití, y cuando se realizó la



campaña de Guayana, se perfiló como uno de los comandantes patriotas de mayor prestigio, a quien se le asignó delicada responsabilidad, el mulato general Manuel Piar.

¿No ofreció acaso Bolívar la libertad a los esclavos —negros casi en su totalidad— cuando desembarcó con la expedición de Los Cayos, para dar cumplimiento así a la promesa que había formulado al gobierno haitiano? ¿No permitió la guerra que se convirtiera en realidad aquel decreto animado de tan elevado propósito y que todavía tuvieran que aguantar los esclavos en las haciendas, casas y plantaciones cerca de cuarenta años para obtener su libertad personal definitiva? Bolívar había comprendido ya la dimensión del problema y con su visión genial, le buscaba soluciones satisfactorias. La Independencia adquirió desde entonces otro aspecto, mayor amplitud y contenido más denso.

Ya sé que, al escuchar este planteamiento, muchos me considerarán *hereje de la historia*. De la historia romántica y acomodaticia, sentimentaloides y sensiblera, sí, porque soy un fanático sin miedo de la verdad auténtica.

Todos sabemos cómo se desangró Venezuela en los años de la “Guerra Buena”. El territorio, diezmada la población, se convirtió como nunca en un desierto humano. De los 800 mil habitantes que calculó Humboldt en las vísperas de la Independencia, quedaban 659.633 en 1826; a pesar de la ausencia de inmigración, para 1839 se había alcanzado la cifra de 945.348 (según Codazzi) y de 1.273.095 para 1847. La gesta había hecho crecer la paz a la par de las glorias, la ambición de los héroes, la creación bolivariana de la Gran Colombia se derrumbó con piqueta de intrigas y ariete de bastardos rencores pseudo nacionalistas. Habíamos logrado la independencia, la soberanía política y el triste derecho a “la tiranía doméstica”, para utilizar la pesimista expresión de Bolívar. Acelerado despertar de rencillas marchitó el sueño de una América unida. Disuelta la Gran Colombia, sus partes integrantes quedaron más débiles aún. Iba a comenzar la larga pugna para “libertarnos de los libertadores”, como dijo Carlos Pereyra.

El Congreso Constituyente instalado el 6 de mayo de 1830 dio al país una Constitución centralista, aunque según los legisladores representaba un compromiso centro-federal. La autoridad nacional, encarnada en Páez, era la única que contaba. Vino así el período denominado de la “oligarquía conservadora”, con su ensayo de Poder Civil, con su respeto a la majestad de la Ley, con sus empeños de hacer más próspera la economía nacional y de traer inmigración, pero igualmente con poca sensibilidad, pese a que Páez estaba rodeado y asesorado por los prohombres de la época, para comprender la necesidad de un vuelco social e incorporar a todo el pueblo a la responsabilidad del sufragio, mediante la supresión del sistema censitario. Páez dos veces, Vargas y Soublette desempeñan la Presidencia de la República en



esta etapa, en la cual comenzaba a aflorar el morbo anárquico de los levantamientos inmotivados, que aspiran reemplazar las razones con pretextos. La severidad de la Ley de Conspiradores, de 1831, que el propio Antonio Leocadio Guzmán refrendó sin escrúpulos como Ministro del Interior y Justicia, y de la cual estuvo a punto de ser víctima en 1846, que estipulaba hasta la pena de muerte para el delito de conspiración, no fue suficiente para asentar los pilares del orden que permitieran las tareas sin interrupciones de la administración pública.

*El presidente Vargas —dice Gil Fortoul—, aun en medio de la violenta reacción militarista, prefirió la clemencia al castigo, y sentó el precedente de que no se ejecutase ninguna sentencia de muerte antes de ser comunicada al supremo Gobierno; ello con la mira de multiplicar los casos de conmutación de pena. Soublette, durante su vicepresidencia de los años 37 y 38, Páez en su segundo período, y de nuevo Soublette en su Presidencia, imitaron la noble iniciativa de Vargas: permitieron a gran número de conspiradores reformistas que volviesen al seno de sus hogares y recuperaran sus bienes, sellaron, por último —con el perdón y el olvido— las duras represalias del Congreso de 1836. Ya se vio que, hasta Mariño, a quien este Congreso había excluido del indulto, estaba ahora gozando de todos sus títulos, y aún se ofreció como árbitro conciliador entre conservadores y liberales.*

¿Para qué repetir la historia que conocemos de sobra?...

Desde 1848, por espacio de un decenio despótico y nepótico, la República supportó por primera vez a la "oligarquía liberal", durante la *fraternocracia monaguista*, movido de gratitud el viejo Guzmán ante los caudillos orientales. Los deseos monarquistas de José Tadeo Monagas lo impulsaron a modificar la Constitución en 1857.

Alarmados, conservadores y liberales, organizaron un frente unido e hicieron la triunfante revolución de marzo de 1858, alrededor de la mediocre figura militar del general Julián Castro, quien había hecho su aparición en el escenario histórico-político venezolano cuando el liberal Pedro Carujo pretendió derrocar al civilista Vargas. A la inestabilidad política se unió la crisis económica. A finales de 1857, los precios del café, de los cueros y de los productos de la caña sufrieron una baja considerable. La situación fiscal, merced de la deshonestidad reinante, no presentaba mejor cariz. Las partidas de gastos habían sido elaboradas con suma arbitrariedad. El presupuesto de gastos de 1856-1847 alcanzó a \$ 4.022.249 de los cuales se invertían 60.000 pesos en inmigración; 160.000 para la construcción de caminos y \$553.262 en pensiones...

La etapa de transición comprendida entre 1858 y 1863, presidida por ejecutivos débiles que desembocan en la dictadura de Páez, resulta asaz interesante para investigadores y estudiosos de nuestra historia política. El más grave error de los hombres públicos de este período consistió en su excesivo teoricismo, en la



cándida creencia de que las solas leyes bastaban para transformar o para calmar a los pueblos: inequívoco fetichismo legal los cegaba, centralizado en una exacerbada preocupación constitucional, para no ver la necesidad de un cambio radical y pronto en la fisonomía y constitución social de Venezuela.

La Convención de Valencia se transformó en un torneo retórico de oratoria calificada, del cual apenas sí salió la Constitución centro-federal de 1858. La guerra vino a darle a los gobernantes y legisladores de este tiempo, cuando ya era tarde, su toque de advertencia final. En vano había pretendido don Fermín Toro llamarlos a terreno más concreto y real. Sus discursos quedaron como disecciones sociológicas maestras de la realidad de entonces.

En su intervención para pedir que se moderara el federalismo, para adecuarlo a la situación nacional, hizo claras advertencias acerca del peligro que entrañaba el centralismo en párrafos proféticos:

*Todas estas fuerzas unidas caen sobre el gobierno central: unos para conspirar, otros para medrar en lucha de los destinos públicos, y otros para dejarse arrastrar desde el momento en que se les dice: 'La voz del Presidente es la voz de la Nación'. Esta fuerza gravita sobre el gobierno central, sobre un individuo que debe ser arrastrado por ella; y hoy que Venezuela aspira a ver el mando depositado en un individuo civil, en un simple ciudadano, para salvar este individuo es menester quitar toda esta inmensa responsabilidad que va a pesar sobre el gobierno. Si es militar el que presida a Venezuela, después de la escuela de diez años, usurpará —y usurpará necesariamente—: se verá rodeado, asediado, adulado, y por su misma profesión, será inducido al abuso del poder; abusará; y volveremos a tener en la República no un poder legal, sino un autócrata. Si es civil, sucumbirá; porque caen sobre su cabeza todas estas inmensas pretensiones, todos estos odios. Conspiraciones surgirán a sus pies, y podemos decir desde hoy: 'Un magistrado civil con el poder central será víctima en poco tiempo'... El federalismo es sin duda la más perfecta —hasta hoy— de las instituciones políticas. Supone más capacidad, más conocimiento, más moralidad. La libertad es una noción altísima, difícilmente la alcanza la filosofía y los pueblos para realizarla han tenido que pasar por una larga serie de experiencias. Sin duda alguna, el poder federal es el que realiza más plenamente la libertad política, pero tenemos razón también para no admitirlo en toda su plenitud.*

Ni en la plasmación constitucional ni en el mantenimiento del acuerdo de los bandos cobijados con el tema de "Unión de los partidos y olvido de lo pasado" tuvo cumplido éxito la revolución de marzo. En cambio, los ánimos populares estaban exaltados. Desde 1840 existía en Venezuela el Partido Liberal, que iniciaron el atildado Tomás Lander, el ceremonioso Francisco Rodríguez —antes Marqués del Toro—, Juan Bautista Mijares —que hubiera podido usar el título de Marqués de sus ascendientes—, Manuel Felipe de Tovar —vástago de la progenie de un Conde del mismo nombre—, Tomás José Sanabria y Diego Bautista Urbaneja. Su arrolladora prédica política fue minando las bases de los gobiernos conservadores.

Entre 1840 y 1846, la prensa tuvo una tan irrestricta libertad, hasta para el irrespeto, que jamás ha vuelto a gozar de otra que se le asemeje. Mientras más reducido era el



*formato y pintoresco el nombre, más concentrada la diatriba de los periódicos, más acres las críticas, más enconadas las crónicas, más venenosos los comentarios. ¡Los que hoy, ante críticas menudas, sienten sangrar su piel de novicias ayunas de sol y aire, ni hubieran podido vivir en aquel tiempo!*

*No fue el fundador, pero sí el supremo propagandista del liberalismo y el director de su vocero "El Venezolano", el atrabiliario, encendido y tornadizo Antonio Leocadio Guzmán, cuya estructura psicológica parecía haber sido construida para la agitación. Al lado de su prosa nerviosa y colérica, qué débiles parecían los escritos de sus correligionarios. Chabacano en el estilo y populachero en el vocabulario, supo agitar sin medida y enardecer al pueblo hasta el fanatismo más agudo.*

*La prensa preparó, a mi juicio, en cierto grado, los espíritus para la Revolución Federal. Hay quienes disienten de este criterio. "El Venezolano" de Guzmán, "El Patriota" de Larrazábal, "El Torrente" de Rendón, "El Republicano" de Bruzual, por más subversivos que fuesen, —dice Laureano Vallenilla Lanz, en su "Cesarismo Democrático"—, están escritos en un estilo demasiado elevado para penetrar en la mentalidad rudimentaria de la reducida minoría que alcanzaba a leerlos.*

*¿Cuántos ejemplares podía editar cada uno de aquellos periódicos?... Es por consiguiente un error atribuir a la prensa liberal del 46 la profunda conmoción de aquellos años. Basta al comprobarlo la consideración de que tanto en el año 46 como el 59, se repitieron exactamente los mismos fenómenos de los años 13 y 14, en que no hubo tribunales, ni periódicos incendiarios que sublevaran las masas populares.*

Hábil, sin duda, el planteamiento del agresivo y sutil sociólogo del pesimismo; hábil y sofisticado, aceptando por la vía de concesión un exacto repetirse o un cercanísimo paralelismo en las etapas anotadas, las circunstancias de que la sublevación popular de los años 13 y 14 fuese algo así como espontánea por la carencia de tribunales y ausencia de periódicos de agitación, está lejos de refutar la influencia en los años que precedieron a la guerra federal.

¿Existía en el pueblo desde comienzos del siglo XIX un fermento natural de descontento ante la injusticia social, la estratificación de las clases y la desigual repartición de la riqueza? Razón de más para que la prédica de la prensa hiciera aumentar el volumen de la levadura, pues las circunstancias políticas habrían de aportar la harina para el fermento total, antes de entrar en el horno bélico.

Es absolutamente falso medir la influencia de la prensa por el tiraje de los voceros. Los que hemos vivido y actuado en ambientes políticos difíciles sabemos cómo se multiplican los lectores de hojas o periódicos clandestinos, por escaso que sea el número de sus ejemplares. La prensa agitadora, impresa en atmósfera de legalidad, está sujeta también a ese eslabonamiento que hace aumentar el radio de su acción. Cuando el periódico escasea, se transmiten de viva voz las noticias y los comentarios. ¿Cómo, si no así, circulan en medios abrumadoramente analfabetos, como los campos, las consignas políticas? La prosa de Guzmán estaba lejos de ser elevada y



era, por el contrario, pegajosa. No tenía por ejemplo la mesurada ponderación de Bruzual.

No es difícil imaginarse la estampa de los pueblos del interior en estos tiempos. Llegaban los campesinos con sus cargadas recuas de mulas o burros al sitio habitual de transacciones: la pulpería. Luego de la venta, el recio trago de aguardiente barato. Más tarde la conversación, porque la pulpería tuvo para nuestros campesinos hasta hace pocos años similar importancia a la que, según Germán Arciniegas, posee el mercado para los indios: sitio de transacciones económicas y de obligada concurrencia periódica, porque viene a ser algo así como un noticiario oral, donde se intercambian improvisadas crónicas de los acontecimientos. Parados o sentados en duros bancos toscos o en trabajadas sillas de vaqueta, los campesinos dialogaban con sencillez. De pronto, el pulpero sacaba un pedazo de papel amarillento de tanto peregrinar por distintas manos. Exigía silencio y comenzaba a leer, en alta voz, hasta que sonaba la hora del regreso nocturno. Largo el camino del retorno y propicio para la reflexión y el recuerdo; luego en el rancho referirlo todo, intercalado con frecuentes “¿cómo te parece?”, a la mujer paciente, y decirlo por la mañana al compadre y al amigo y al pariente hasta formar una cadena de transmisión más efectiva que la de todas las radioemisoras juntas.

En Caracas podían hacer los políticos cuántas combinaciones se les antojaran. El resto de la República, encendido ya de ardor revolucionario, estaba dispuesto a ir a la lucha armada para obtener ancestrales anhelos. Venezuela se vio, de pronto, inundada de guerrillas que creaban la intranquilidad y la zozobra, sin obedecer a ninguna jefatura central. “Donde más pareció condensarse ese descontento social fue en las provincias de Portuguesa, Barinas y Apure, en la primera sobre todo”, afirma Lisandro Alvarado. Con más ingredientes de bandolerismo que de ideales, Jesús González (a) “El Agachado” andaba lanzando por las serranías centrales; en Yaracuy hubo brotes tempranos; los “Indios de Guanarito”, en Portuguesa, sembraban espanto.

Uno se emociona al leer las crónicas de esos alzamientos indisciplinados y hasta tiene a ratos que reír con la ingenuidad de algunos sublevados, como los Indios de marras, quienes “alegaban para sincerarse que el gobierno los llevaba maniatados al servicio al reclutarlos, cuando ellos podían ir voluntariamente”. Otros, por el contrario, eran realmente feroces. Así, la fracción de Martín Espinoza, al grito de “Todos somos iguales”, “Mueran los blancos”, “Abajo los Godos”.

Ventrudo, de color aceitunado, bajo de estatura, analfabeto “que miraba como enemigo a todo lo que supiese leer”, tenía entre sus huestes a Tiburcio, “El Adivino”, suerte de piache y augur particular de Espinoza, cuya cruz negra que le colgaba del cuello sucio le señalaba las víctimas, según decía. Hosco gamonal entre Martín Espinoza, especie de mahometano rural que prometía a sus soldados, en caso



de victoria, succulento banquete de núbil carne blanca. Tuvo Zamora, hastiado de su indisciplina y crueldad, que fusilarlo.

Un día, el 20 de febrero de 1859, se dio en Coro *el grito de Federación*. Cuarenta y ocho horas más tarde atraerá en La Vela la goleta que, desde su exilio de Curazao, conduce a Ezequiel Zamora a tierras venezolanas. El 25 se convierte la provincia de Coro en estado y es suscrita un acta de compromiso y garantía de libertades ciudadanas. No hay un principio específicamente social. Se consagra la "intangibilidad de la propiedad", dogma del liberalismo teórico.

La presencia de Zamora le va a comunicar a la guerra un perfil más nítido, un carácter revolucionario agresivo. ¿Tenía Zamora ideas claras acerca de los objetivos que se proponía alcanzar? En lo político, sí; en lo social, quizás no. De los documentos que se conservan de sus escasos meses de actuación en campañas, nada hay que indique su pensamiento sobre la orientación social de la guerra, porque proclamas y comunicaciones insisten en meros principios políticos liberales. Pero sí carecía de metas inequívocas, alentaba el sentido social de la lucha que libraban los soldados de la Federación: tenía la magnífica intuición de que era un desbrozador de caminos para hacer la revolución campesina que transformara la estructura de la propiedad y tenencia de la tierra. ¿Cómo concebía la solución de este problema para la paz? No tuvo tiempo de decirlo.

Más catire y blanco que Páez, de mies en agraz el cabello ensortijado que cubría siempre con su sombrero inseparable; azules como en afán de altura los ojos; larga y enérgica la nariz sensual de amplias aletas, como de caballo en celo; hirsuto y agresivo el grueso bigote, dura la voz metálica a la hora de dar órdenes y afable en el momento de agrandar, Zamora tenía el ardor de un místico y la dureza de un fanático. Su "horror a la oligarquía" lo llevaba a odiar al rojo, color de los godos, y solo se lo toleraba en el pañuelo. Conocía el arte de la guerra con una intuición genial. Jamás leyó nada sobre la estrategia napoleónica, —que había perfeccionado el arte de la guerra, en que sobresalieron Turenna y Condé—, pero aplicaba en sus planes la movilidad sin dilación y la sorpresa, condiciones de los triunfos del gran corso. Con una guerrilla es fácil aparecer y desaparecer: de ahí su fuerza, su poder y su capacidad de emboscadas; pero muy distinto era movilizar tropas numerosas, verdaderos ejércitos irregulares, donde la disciplina se acataba a duras penas.

De Coro a Puerto Cabello, a San Felipe, a Barquisimeto, a Guanare, a Barinas... En menos de un año recorrió un territorio amplísimo, sin vías de comunicación, sin almacenes de aprovisionamiento. Buscó las llanuras como Boves y Páez; sus soldados, casi todos campesinos, lo idolatraban. Ellos no sabían decir "Federación", sino "feberal". ¿De qué hablaba? Las tropas federales no necesitaban prosodia: les bastaba con el valor y la frenética fe en igualdad social.



En Santa Inés, el 10 de diciembre de 1859, culminó el genio militar de Zamora. Por primera vez en Venezuela se libró una batalla de trincheras. Suyos fueron el plan, la realización y el comando, a pesar de la presencia de Falcón, jefe supremo de la revolución. El gobierno había mandado contra él a la oficialidad más selecta, que había estudiado el arte de la guerra y había obtenido sobresalientes resultados en la Academia de Matemáticas de Cajigal: Ramos, Casas, Jelambi, Meneses, Pérez Arroyo, Paredes, Revenga, Espelozín, Amengual, Cárdenas, Palacios y Hernáiz, nada pudieron hacer ante las cargas impetuosas que animaba Zamora y que ejecutaban León Colina, Jacinto Regino Pachano, Level de Goda, Aquilino Juárez, Manuel Ezequiel Bruzual y muchos bravos más. La intuición guerrera, en un terreno conocido y preparado, se impuso al academicismo.

Una bala, cuya procedencia ha intrigado a políticos e historiadores, detuvo en San Carlos la marcha triunfal que ya emprendía hacia Caracas, el 10 de enero de 1860. Se retrasó el triunfo federal tres años por la ausencia del capitán inolvidable, hasta que el *Tratado de Coche* cerró las compuertas de la contienda civil. Crecía ya, nazarena la barba, la ambición de Antonio Guzmán Blanco.

Desde el comienzo se vio que la Guerra Federal era una guerra distinta, de riño carácter social. El régimen federalista, basado en la autonomía de las provincias, no pasaba de ser un lema político sin mayor trascendencia, a pesar de que existía en el país un sentimiento de convencido federalismo en diversos sectores intelectuales o económicos.

Cecilio Acosta, preclara mente de equilibrio, había afirmado algunos años antes, en 1856:

*Él (Bolívar) no cesó de recomendarnos las ventajas de la unión que, si para entonces era personal, porque debía estar consustanciada con su persona, para ahora ha de ser real, porque debe buscarse en la combinación y equilibrio de las instituciones. En suma, si era Colombia de Bolívar, el alma era él, en la Colombia nuestra, el alma debe ser la federación, la cual no es otra cosa —si el fin es conciliar la libertad y los gobiernos— que la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad.*

En este debate político-jurídico nada importaba al pueblo. Para él la federación era la posibilidad de su ascenso igualitario.

Desde el comienzo se vio que era una guerra social, repito. Lo dijo mil veces, en sus editoriales de "El Heraldo", Juan Vicente González, y el 19 de julio de 1861 lo estampaba así en un documento oficial el jefe del Estado, Don Pedro Gual:

*La guerra que hacen a la sociedad las partidas armadas que infestan nuestros campos y amenazan a las poblaciones, destruyendo e impidiendo al ejercicio normal de los derechos y garantías de los venezolanos, se ha despojado de todo carácter político y es una guerra social.*



La Guerra Federal fue una insurrección general campesina. Caracas permaneció al margen, como en oportunidades anteriores, a tal punto que después habría de decir, en la hora de su triunfo Antonio Guzmán Blanco, que él deseaba terminar su revolución en la capital para que los caraqueños supieran y sufrieran lo que era una guerra civil. Nadie puede justificar las crueldades y los excesos que se cometieron. Nadie puede negar el ideal subconsciente de nivelación social que animaba a los insurrectos. Era una revolución que llevó, en vida, a Ezequiel Zamora por la ruta del radicalismo.

Las grandes revoluciones de América han sido revoluciones campesinas, las más profundas, las que no se han detenido en la costra del proceso social, sino que han procurado ahondar en el conocimiento de sus causas. Por eso, no puedo menos que reír cuando oigo hablar de ideólogos materialistas de este siglo, europeos o asiáticos, que pretenden haber descubierto el ímpetu, poder y reserva revolucionaria del campesino. Si hubieran estudiado la historia de esta América mestiza, la investigación no hubiera tenido tanto objeto. Los pueblos rebasan con su conducta todos los planteamientos teóricos. ¡Que exactas serían las teorías políticas si no existieran los pueblos! Pero los hombres, por su libertad esencial, por el conjunto multifacético de estímulos que norman su acción, se encargan de contradecirlas a cada rato en la realidad de los hechos, obligándolas a rectificaciones constantes.

Sufrió el país, se acabó su economía básica en la gigantesca higuera que fue la revolución, adquirió el campesino por tiempo precario un pedazo de tierra que tuvo que devolver sin disfrutar de ella siquiera, cuando sus antiguos jefes le dieron la espalda y lo olvidaron. El pueblo adquirió la conciencia subjetiva de que había logrado la nivelación social, así quedarán todavía pendientes las injusticias jamás resueltas y las sempiternas explotaciones.

De las manos vacilantes e inseguras del Mariscal Falcón se esfumaron las riendas del mando. Cuatro años más tarde, en 1870, habría de sujetarlas Guzmán Blanco, con quien la revolución traicionada se olvida y se pretende deslumbrar con remedios parisinos los ojos avizores del pueblo. Nuestra hornada de caudillos semi bárbaros consteló de feudos personalistas la geografía nacional. Con los humos del poder y de la arrogancia se cocían los nuevos grupos oligárquicos. Esto ha sido lo doloroso: la Revolución Federal se consumió sin consumarse; dejó heridas y rencores al lado de la conciencia del poder grabada en el corazón popular.

Nuestra democracia social, iniciada con la Independencia, culminó con la Guerra de los Cinco Años. Otros pueblos de América que no soportaron tan tremenda experiencia en la pasada centuria, o que han tenido que sufrirla en pleno siglo XX, podrán aventajarnos en el desarrollo económico, en el progreso material,



en la estabilidad política, pero no en la democracia social. Y la democracia social es la piedra miliar para acabar con la explotación y la injusticia.

El aspecto social de la Federación es lo que debemos recordar especialmente en esta celebración de centenario. El problema político-jurídico del régimen federalista ha sido debatido desde la Constitución de la República, implantarlo constituyó la obsesión de los congresantes de 1811, la mayoría de los cuales alcanzaron a contemplar su fracaso y al ser reemplazados por el sistema central puro o atenuado. La autonomía de las provincias le importaba poco al pueblo: quería hacer práctica la igualdad esencial de la persona humana, barrer con los prejuicios, abolir las castas y sus privilegios.

Una revolución de la magnitud de la Federal, que provocó tan tremendas y encontradas reacciones, que motivó por primera vez una masiva emigración de los Llanos a las montañas andinas, que sometió a fuego plantaciones y pueblos, que provocó el desplazamiento del poder político hacia nuevas manos, tuvo y tiene grandes adversarios, quienes creen que la traición posterior a sus ideales no justifica su necesidad. ¿Se le puede aplicar a ella la frase magistral de Acosta?: "Las conclusiones intestinas han dado sacrificios, pero no mejoras, lágrimas, pero no cosechas. Han sido siempre un extravío para volver a un mismo punto, con un desengaño de más, con un tesoro de menos" ... Los más superficiales negadores de la Guerra Federal especulan con frecuencia la conocida frase que, con cínico desparpajo, pronuncia el viejo Antonio Leocadio Guzmán en el Congreso de 1867, al discutirse una reforma constitucional:

*No sé de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela tenga amor a la Federación. cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Esa idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda la revolución necesita banderas, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la constitución con el nombre de federal, invoquemos esa idea: porque si los contrarios, señores, hubieran dicho Federalismo, nosotros hubiéramos dicho Centralismo.*

De esta confesión de un hombre obsesionado por la ambición de poder, han querido hacer bandera los enemigos de lo que la Guerra de los Cinco Años simbolizó. Para el pueblo, lo valioso no era el vocablo *federación*, sino lo que se escondía detrás de esa palabra, convertido en mito para la esperanza popular. Hubieran podido, en la búsqueda de pretextos para ir a la revolución decir *centralismo* los Liberales, pero si hubieran actuado como los Conservadores en su oposición a la reforma social y a su empeño de que siguiera actuando la inercia tradicional, jamás el pueblo los hubiera acompañado y hubieran fracasado como fracasaron todas las guerras civiles desde 1830 hasta 1858, porque no tenían ni presentaban al pueblo una bandera que se confundiera para siempre con su espíritu.



Dolorosa verdad es que el triunfo de la Revolución Federal fue la derrota de las esperanzas máximas que en ella pusieron las clases desposeídas. Irrecuperable la sangre vertida, el llanto derramado, las ruinas ocasionadas, defraudada la confianza popular, quedó en pie, sin embargo, su logro de la conciencia de igualdad social. El liberalismo histórico, que presenta en sus realizaciones algunos aciertos positivos en cuanto al progreso material e intelectual, defraudó y traicionó a esas masas y, al negarse a solucionar sus problemas de tierra y pan, las hizo aumentar su secular sed de justicia. ¿Pero es que puede ser la sociedad capitalista, engendro de la filosofía política liberal, ser solución para los pueblos en su demanda de justicia social? Rotunda y categóricamente: *no*. Porque como dice el francés Domenach: *el régimen político capitalista concede al hombre libertades que se encarga de anular la sociedad capitalista*.

El mundo será de los trabajadores y el Estado futuro ha de poseer marcado sello social, para evitar que el pueblo se lo deje indefenso e impedir que se lo esclavice. También ha de garantizar —junto al pan— la libertad, y no lo hará sacrificar el pan para darle el deleite de ser y sentirse libre; pero tampoco lo esclavizará para darle el lujo de gozar del pan. Hacia ese mundo vamos, donde la justicia social imponga la necesaria revalorización del trabajo y la debida protección porque él, en la expresión de Giorgio La Pira, es *la única propiedad privada de los pobres*. Se ha gobernado en nombre de la sangre, del dinero, de la fuerza; ha de hacerse también en nombre del trabajo, al cual abona al sufrimiento, que constituye atmósfera de purificación. Cuando en ese mundo nuevo suene la voz de la justicia social, actuante para siempre, y se cumpla la terrible admonición evangélica del “ay de los hartos, porque ellos sentirán hambre”, aunque hayan pasado muchos años, todavía se encenderá de emoción el espíritu al recordar la gesta federal y su figura simbólica, Ezequiel Zamora, “General del pueblo soberano”.

Ahora, señores, permitid que para gozo vuestro y como homenaje de admiración al héroe que encarnó en su tiempo la aspiración igualitaria del pueblo, abenga mi silencio.—(Aplausos).